



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

El Sol, el conejo y la luna, la leyenda de su creación

Ricardo Cabrera
Mayo 04, de 2020

En el principio de los tiempos solo reinaba la oscuridad y el caos. Los dioses reinantes decidieron que era tiempo de terminar con esto, era necesario introducir el orden y la luz. Todo lo creado debe brillar para la propia gloria de los dioses creadores. Se reunieron en *Teotihuacán* (El lugar donde los hombres se convierten



en dioses). En torno al fuego sagrado en un lugar llamado *Teotexcalli* (La casa del peñasco de los dioses), comenzó la discusión.

Tomó la palabra *Tecuciztecátl* (el que procede del lugar del caracol marino). Era un dios soberbio, ataviado con plumas de quetzal, era rico y pretencioso. Fue él quien primero se ofreció.

-Yo alumbraré el mundo, mi luz brillará por toda la eternidad. Los dioses se preguntaron entre ellos, quien sería el otro acompañante. Uno a uno los demás dioses ahí reunidos se miraron, nadie se ofreció al sacrificio de inmolarsse en el fuego sagrado junto con *Tecuciztecátl*, todos bajaban la mirada, el dios le veía



como inferiores, su actitud de desdén se reafirmaba al ver a los demás dioses que rehuían el sacrificio de sus propias vidas.

Apartado de ellos, el dios más humilde no osaba intervenir. *Nanabuatzin* (El buboso, bubosito en diminutivo, el sarnoso); los dioses observaron en un rincón al dios lleno de llagas que se mantenía en silencio mientras los demás discutían sobre el segundo acompañante.

-Serás tú, quien tenga el honor de acompañar al gran *Tecuciztecátl*. El dios mencionado, adoptó un porte majestuoso, era claro que no consideraba que el pequeño dios, deforme por las llagas fuera su acompañante.

-Bien, que así sea, si lo han decidido, yo acepto a iluminar el mundo.

Los dioses seleccionados para el sacrificio, ofrecieron sus penitencias en lo alto de las pirámides más altas de *Teotihuacán*.



Todo lo que ofrecía el señor soberbio, era precioso como él. Los dioses quedaban maravillados ante lo magnífico de sus ofrendas. Plumas de quetzal y bolas de filamentos de oro para engarzar con ellos las espinas del sacrificio. El dios, ofreció también corales rojos traídos de la profundidad del mar, en lugar de las modestas espinas de maguey de deberían ser impregnadas con su sangre.

Nanabuatzin, aferrado a las cadenas de su cuerpo llagado y buboso, se dio a la tarea de formar un montón de bolas de

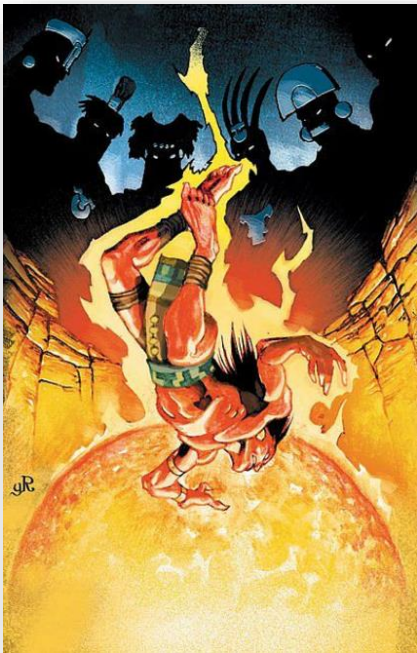


heno que eran entretejidas con cañas verdes y espinas aguzadas de maguey que hirieron sus dedos manchándolas de sangre.

El fuego sagrado se mantuvo con su llama viva durante cuatro días hasta que el día programado para el sacrificio llegó. Cada uno de los días, que transcurrieron representaban un Sol. Ahora estaban en presencia del nacimiento del quinto Sol.

Los dioses veían la hoguera ya preparada, era el nuevo hogar de los dioses que serían inmolados en ella. Sus cuerpos se transformarían en brillantes estrellas en el firmamento que iluminarían el mundo.

El rango del dios *Tecuciztecátl*, le daba la primicia para que su cuerpo ardiera en la pira sagrada. Decidido, hizo un intento por arrojarse al fuego, pero no lo consiguió, su cuerpo sagrado se acobardó en el último momento, los dioses fueron testigos de la indecisión que se había apoderado en el último momento del soberbio *Tecuciztecátl*. Cuatro intentos fueron el total de las veces que quiso cumplir con el



juramento e inmolación hecho. Pero no pudo hacerlo, se quedó parado, inmóvil frente a la gran hoguera. Los dioses no le permitieron realizar un quinto intento, pues iba en contra de la tradición.

Volvieron la mirada hacia *Nanahuatzin* y le pidieron que cumpliera con su palabra. Sin pensarlo dos veces, el dios deforme se lanzó al fuego que abrasó en forma inmediata su ya, llagado cuerpo. La vergüenza y la valentía del dios menor



iluminaron el rostro del poderoso dios, y sin pensarlo dos veces siguió el mismo destino que su predecesor.

Las llamas consumieron los cuerpos en su totalidad, los dioses se sentaron entorno a los rescoldos, esperaron pacientemente por el nacimiento del quinto Sol, ninguno de ellos sabía por dónde aparecería. Los dioses *Quetzalcóatl*, *Tezcatlipoca* y *Xipe Topec* fueron los únicos que se aventuraron a predecir por donde aparecería. Esperaban que *Nanahuatzin*, convertido en Sol brillara con su luz por el oriente, después sería conocido como *Tonatiuh*. Y así ocurrió, apareció radiante, con una luz resplandeciente, tras él se dejó ver *Tecuciztecátl* convertido en la luna, los dos astros iluminaban como nunca, el mundo bajo ellos. Los dioses se preguntaron sobre la pertinencia de que existieran dos soles al mismo tiempo. *Quetzalcóatl*, tomó un conejo y lo lanzó hacia *Tecuciztecátl*, dejando sobre su cara, una mancha oscura que opacó su brillo y quedando tal como la conocemos ahora.



Quetzalcóatl colectó los huesos de los hombres de las eras anteriores y los llevó a *Teotihuacán*, donde fueron triturados por él, hirió una de sus extremidades, la sangre del dios sabio y bondadoso, dio vida a la nueva era de mexicanos que habitamos bajo los rayos del quinto sol. La piedra solar, representa los cinco soles generadores de vida en el primer círculo. 